

PECADO

Goiatz Labandibar



erein

NARRATIVA

PECADO

erein

NARRATIVA · 51

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Mayo de 2024

Título original: *Bekatua*

Maquetación: Erein

Imagen de portada:

Iñaki Zapirain Retegi

© de la traducción: Irati Iturriza

© Goiatz Labandibar

© EREIN. Donostia 2024

ISBN: 978-84-9109-948-2

D. L.: D 479-2024

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107. 20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Goiatz Labandibar

PECADO

TRADUCCIÓN DE IRATI ITURRITZA,
REVISADA POR LA AUTORA

PRIMER PREMIO DE NOVELA CORTA
EN EUSKERA RAMIRO PINILLA 2021

erein

NARRATIVA

Uxo, para ti

Garazi, pírate.

Ni siquiera se atreve a abrir los ojos. Sabe que no debería estar aquí. Este no es su cuarto. Esta no es su cama. El tío que tiene durmiendo al lado no es su Asier. No debería haber salido con las de la uni; tendría que haberse quedado en casa, habría bastado con ir a la biblioteca y cogerse un par de libros.

Pírate. Levántate, busca las bragas y el sujetador y aléjate de esta cama, de este cuarto, de esta casa. Móntate en un autobús. No, mejor pillas un taxi. Llegarás antes. Y ya puedes ir pensando en una excusa. En una buena. Una que Asier vaya a creerse. Tiene que ser muy buena excusa. Tienes que creértela hasta tú.

Su madre siempre dice que cuando llueve es porque alguien bueno acaba de morir. Cuando vives en Euskal Herria y afirmas tal cosa solo estás sucumbiendo a uno de esos viejos trucos que se inventa la gente para blanquear su propia imagen y sentirse buena persona. Garazi lleva toda la vida escuchando ese cuento chino. Por su culpa se echó a llorar a moco tendido cuando tenía diez años. Su perro había muerto, pero ella no lloró hasta pasados cuatro o cinco días. Su madre le preguntó por qué lloraba. «Es que no ha llovido nada.

Beltxa no era bueno...». Le aseguró que se equivocaba: «Tus lágrimas han sido su lluvia». Hay que ver qué trucos se inventa la gente para engañarse a sí misma. En esas se encuentra Garazi en estos precisos instantes: está tratando de inventarse algo, un truco para autoengañarse.

Mattin. Le dijo que se llamaba Mattin. Debe de ser de la generación de niños cuyos padres modernos bautizaron con nombres rurales, de otra época. Los chicos de su clase se llamaban Aitor, Iker, Ander, Mikel o Asier. Asier. Axi. Y las chicas, como ella. Garazi. O Eider, Maider, Ainhoa, Leire, Irati, Nagore. Mattin, Nikolax, Peio, Txomin y Peru volvieron a ponerse de moda unos años más tarde. Y con ellos Maddi, Kattalin, Maixabel y Xixili. Así se llamaban los abuelos y abuelas de sus compañeros de clase, sus propios abuelos y abuelas. Cuando era adolescente, unos vecinos decidieron llamar a su hija Kattalin; recuerda que a su abuelo le sentó fatal: «¡Kattalin! ¡Como mi hermana la mayor!». Con todo, su abuelo fue bastante sutil. El señor que por entonces era su pareja jugando a las cartas reconoció que, cada vez que escuchaba el nombre de Kattalin, le venía a la mente su tocaya, una vaca que tenían en la granja.

¿Y los niños de hoy en día? ¿Cómo se llaman? Jare, Arai, Arhane y Laia. O Unax, Xabat, Ekhi y Axel. A Garazi le gustan esos artículos que se publican de vez en cuando, esos que buscan el *clickbait* con titulares del tipo «Los diez nombres más populares en Euskadi en 2018». Se sabe de memoria la última lista. Markel. Jon. Julen. Aimar. Ander. Ibai. Oier. Unax. Mikel. Danel. Es consciente de que toda esa información ocupa demasiado espacio en el disco duro de su cabeza.

Ane. Laia. June. Irati. Izaro. Nahia. Malen. Lucia. Nora. Uxue. Cree que debería olvidarse de esos datos, borrarlos; pero, sin comerlo ni beberlo, se le han quedado grabados en la mente. Como siempre, olvidará la lista cuando publiquen la del próximo año. Y, como siempre, esa información inútil volverá a ocupar demasiado espacio.

A veces Garazi piensa que habla demasiado. Se arrepintió nada más aceptar el chupito de tequila rosa; sabía que aquello no terminaría bien. Los chupitos le sientan fatal, eso ya lo sabía. Anda que sí lo sabía ayer por la noche. Pero se puso chula. El crío de los cojones no le ofreció un machacado (vodka + Kas de limón, se bebe después de darle un par de golpes en la barra, habiendo tirado la mitad de la bebida) ni un butano (pacharán + Kas de naranja; al menos este tiene un rollo euskaldún) o un Jägermeister (te quema la garganta y luego el cuerpo te arde). No. Le ofreció esa cosa asquerosa que toman los jóvenes ahora: tequila de fresa. Un engañabobos. Al principio entra que te cagas y además te recuerda a esas gominolas en forma de corazón que comíamos de pequeñas; pero al final deja un rastro amargo. Te entra ardor de estómago. Y ganas de vomitar.

Mattin quiso invitarla a un chupito de tequila de fresa y Garazi aceptó. Más tarde, por cumplir, ella lo invitó a otro chupito. A otro de tequila de fresa, como si intentara demostrar que ella también era capaz de seguir el ritmo de los más jóvenes. De repente le entraron ganas de vomitar y le dijo a Mattin que tenía que ir al baño. Y él la acompañó. Le sujetó la cabeza mientras vomitaba; Garazi sintió que perdía toda la dignidad. Un crío cuidando de una señora de más de

treinta tacos. Mira tú por dónde, resulta que hay experiencias que es mejor no tener cuando estás de fiesta; quién lo hubiera dicho. Será que la edad no perdona o que el cuerpo procesa el alcohol –y el tequila de fresa ya ni te cuento– mucho mejor a los veinte que a los treinta. Y luego pasa lo que pasa.

Ya sabe que a veces le da demasiado a la sinhueso, sobre todo cuando está contenta. Es como si alguien hubiera pulsado el *play* y ya no pudiera callarse. Anoche, cuando conoció a Mattin –no sabe muy bien cómo– estaba contenta. Quizá fuera por el alcohol. O por la atracción sexual, que dispara la adrenalina.

Cuando él le dijo que estudiaba Filosofía, no pudo resistirse a contarle su viaje a Grecia del último verano. A decir verdad, no fue un viaje filosófico-histórico-clásico que digamos; de hecho, la única actividad remotamente relacionada con lo clásico fue la visita al Acrópolis de Atenas –tiene una *selfie* de esa excursión, porque si no te haces una *selfie* en Atenas no has estado en Atenas–. Pero como se había leído un par de libros sobre la República Helénica antes del viaje, Garazi se dijo que podía pegarse un poco el rollo; le explicó que había visitado el sitio donde Sócrates había estado preso, que había echado la vista atrás los dos mil quinientos años que los separaban y que había sentido una gran empatía para con el filósofo, que ella también se había sentido presa. No sabe muy bien cómo, pero después de eso le vinieron a la mente las teorías de Marx y Platón que había estudiado en segundo de Bachiller y le dio por recordarlas; que si la auriga, que si la síntesis, la antítesis, la tesis y todo el rollo. «Estuve a puntito de estudiar Filosofía, pero al final decidí hacer Derecho». Otra

mentira que no sabe de dónde sacó: nunca se le había pasado por la cabeza matricularse en Filosofía. En fin, había algo en su interior que quería conquistar a aquel chaval y cualquier estrategia le venía bien. No sabe si esa mentira surtió efecto, pero la cuestión es que ha terminado en su cama.

Garazi no estudió Derecho. Si le hubiera dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, le habría contado que empezó a estudiar Derecho, pero que cuando fue a matricularse en tercero cambió de idea y dejó la carrera. Todavía tenía pendientes algunas asignaturas de primero; decidió que aquello no era serio.

Así que dejó la uni y se apuntó a un Grado Superior de Administración. Eso sí, tiene algo que agradecerle a la UPV: una vez al año, sigue reuniéndose para comer con las que durante esos dos cursos fueron sus compañeras. Eso fue lo que pasó ayer, esa fue la excusa: comieron en Donostia y, como quien no quiere la cosa, se les fue alargando el asunto. Gracias a la UPV y a las compañeras de una carrera que nunca llegó a terminar, anoche se puso tan ciega que hoy ha despertado en esta cama. Muchísimas gracias.

Menos mal. Puede contarle a Mattin que ella también hizo la ESO. En ese respecto, se siente profundamente agradecida con Felipe González, que en el curso 1994-1995 decidió renovar el sistema educativo español. Los conejillos de indias fueron los nacidos en 1983. De haber nacido un par de años antes, Garazi sería de la época de la LOGSE y habría ido a EGB y COU. Y en estos momentos se sentiría un ser prehistórico.

En ocasiones, los caminos del cerebro son inescrutables. Garazi no sabe cómo logró hilar tan fino anoche: su ligue, la filosofía y el viaje a Grecia junto con Asier del pasado verano. De pronto piensa en Edipo, el personaje de la mitología griega que se casó con su madre. Pero es que a Garazi se la suda Edipo, lo que le preocupa es ella misma, que prácticamente podría ser la madre de Mattin.

Desde luego, estos mitos griegos son terribles. Ser mujer en la antigua Grecia era una mierda, aunque fueras la reina. Eras una no-ciudadana sin ningún tipo de derecho. Puta mierda. Se promete a sí misma que no volverá a leer tantos libros sobre la historia antigua de un país antes de un viaje.

A Garazi le vuelven loca el olor a café y a pan recién hecho. Y la carne de Mattin es tiernísima, recién salida del horno. Huele tan bien... Sin embargo, Garazi tiene cada vez más marcas en el cuerpo; son los signos de la edad. Celulitis, unas tetas que comienzan a caerse, las arrugas de la frente, tres o cuatro canas que por el momento disimula entre el resto del pelo; una más que notable pérdida de elasticidad; las caderas, cada vez más anchas; los kilos de más del verano, que cada vez le cuesta más quitarse de encima.

En el cuerpo de Asier también están esas marcas del tiempo. Los pelos de la espalda están comenzando a encanecerse, le está saliendo tripa, está cada vez más cansado y le duelen las rodillas. Está pasando por la transición por la que pasan muchos hombres; va perdiendo el pelo de la cabeza y, en su lugar, le sale cada vez más en otras partes del cuerpo; en la espalda, en la tripa, en el pecho.

Garazi no se acuerda de cómo era su cuerpo cuando todavía estaba tierno, como el de Mattin. Supone que ella también debió de ser como el pan recién sacado del horno, que debió de oler así de bien durante un tiempo. Y piensa que es una pena no tener conciencia de ser como un pan recién hecho cuando todavía lo eres.

La juventud y la vejez, qué cosas... *Zahar gazte arteko haurda parabola!*¹. Le viene a la cabeza la canción de Laboa, aunque en realidad es más fan de la versión de Willis Drummond —es difícil versionar una canción y mejorarla, pero piensa que, en esa ocasión, acertaron; también con el fado *Nao es tu, falculdade de sentir*, que está en ese mismo CD del disco *Txinaurriak*—.

¿Por qué ha decidido Mattin probar un cuerpo lleno de marcas, cuando todavía tiene donde elegir entre cuerpos que no las tienen? ¿Por qué ha elegido a Garazi?

Le vuelve el regusto que se te queda en la boca después de tomarse un chupito de fresa. Ya han pasado unas cuantas horas, pero ese sabor, que va de dulce al amargo, sigue ahí.

¿Con qué juegos de beber se emborracharán Mattin y sus compañeros de piso? Seguro que no saben jugar al Puppy. Leire trajo el Puppy de Escocia, donde había pasado un verano aprendiendo inglés; desde entonces, Garazi y sus amigas solían jugar a eso cuando bebían. Repartían las cartas entre todas las

¹ «¡Qué parábola hay entre el joven y el viejo!». Fragmento de la canción *Gaztetasuna eta zahartasuna*, de Mikel Laboa (*N. de la T.*)

participantes y le daban tres puntos a cada una. Los ases eran los Puppys. Primero, se preguntaba si alguien tenía algún Puppy –si estaba Leire, siempre lo preguntaba ella–. Si alguien tenía un as, podía hacerle una pregunta –siempre la misma– a otra persona: «¿De qué color es mi Puppy?». Si la otra no lo adivinaba, le daba uno de sus puntos. La dueña del Puppy podía preguntar de qué color era su perro tantas veces como quisiera; el objetivo era dejar al resto sin puntos. Pero si alguien tenía un rey, podía sacarlo y parar el juego: el rey todopoderoso le robaba un punto a la dueña del Puppy. Una vez hechas las preguntas y sacados los reyes, todas debían mostrar sus cartas y quien tuviera la más baja tenía que dejar un punto en el centro. Cuando una de las jugadoras perdía los tres puntos, el resto le decía: «¡Hasta luego!», y quedaba descalificada. Esta era la parte más divertida. Si perdías, podías volver al juego siempre y cuando lograras atraer la atención del resto. Para ello, estaba permitida cualquier estrategia. Llegaron a hacer lo que no está escrito, incluido mojar a las demás con mangueras. Si conseguías que alguien te hiciera caso, te llevabas uno de los puntos de esa persona y volvías a entrar en el juego. Ganaba la que acabara con más puntos y tuviera mayor capacidad para no hacerle ni puto caso al resto. Cada vez que perdían un punto, bebían un trago de *txirrisklas* (vodka, Coca Cola y un chorrito de zumo de limón).

¿Cómo se emborrachan los jóvenes ahora? Hace no mucho, Garazi leyó en el periódico que entre los jóvenes españoles y latinoamericanos se había puesto de moda un juego sexual llamado «el muelle». Aquel periodista de un periódico español se llevaba las manos a la cabeza y reunía las

opiniones cualificadas de diversos profesores, sexólogas, psicólogas.

Por lo visto, los chicos se bajan los pantalones y, empalmados, se colocan en fila o en un círculo; las chicas se turnan para ponerse sobre ellos. Cada penetración debe durar un tiempo determinado, unos segundos, y después las chicas pasan al siguiente tío. El último en correrse gana. Los sexólogos y los psicólogos denunciaban con gran preocupación que tal práctica no tenía ni pies ni cabeza y enumeraban varios factores que alentaban a los adolescentes a infravalorar sus peligros: la falta de una educación sexual en condiciones, la ausencia de medidas de protección y también el alcohol. Garazi se sorprendió muchísimo al leer la noticia y solo pensó una cosa: «Los que ganan siempre son ellos». Y también: «Qué lejos quedan nuestros juegos tontos».

También pensó que los juegos de beber son, por lo general, terribles. Sobre todo si eres mujer. Por mucho que seas la princesita de tu casa, ser mujer es, a día de hoy, una mierda. No eres más que un juguete sexual. Una puta mierda.

La mente de Garazi vuelve a lo de anoche, a la gente con la que salió de fiesta. Menos mal que lo de este chico pasó estando con las de la uni. Si las de su cuadrilla hubieran estado por ahí –y eso es mucho suponer, porque hace mil años que no hace planes así con ellas; desde que tienen hijos, ya no se juntan para cenar cuando empiezan las fiestas del pueblo, ahora organizan una comida el último día–, se habrían puesto en plan Pepito Grillo, ¿qué estás haciendo? ¿Y qué pasa con

Asier? ¿Qué pasa con Asier? ¿Qué pasa con Asier? Cualquiera diría que se preocupaban más por Asier que por Garazi.

Pero cuando anoche entraron a aquella sala de conciertos de Egia ninguna de sus excompañeras mencionó a Asier cuando tres chicos, entre ellos Mattin, se les acercaron; ni cuando ambos grupos se juntaron, ni cuando se pusieron a beber chupitos, ni durante el rato que duró el tonto. No mencionaron la relación monógama de Garazi. La dejaron hacer. Dejaron que hiciera lo que le venía en gana. Porque sí, Garazi tiene claro que si se ha acostado con este chico es porque le ha dado la gana, aunque ahora que acaba de despertarse en esta cama intente fingir que no entiende qué ha podido ocurrir.

Las de su cuadrilla. No puede parar de pensar en ellas. Eider, Ainhoa, Leire, Irati, Maider... ¿Cómo reaccionarán cuando les cuente que se ha tirado a un chaval de diecinueve años? Porque, en el fondo, Garazi se jacta de lo ocurrido y quiere contarlo. Está un poco orgullosa de sí misma. De haber seducido a un chico de diecinueve años teniendo ella treinta y seis. En cualquier caso, sabe que las de su cuadrilla no compartirán su orgullo. No reconocerán que le tienen envidia. Se imagina a Ainhoa mirándola a los ojos. No es una mirada de reproche; no, siempre la mira como si fuera una niña que ha hecho alguna trastada, como si Garazi no hubiera progresado nada desde la adolescencia. La hace sentir pequeña; más pequeña que Jare, la hija de Ainhoa. Garazi sabe que en esta ocasión su mirada también será esa; que, como mucho, le dirá: «No vuelvas a hacer eso, eso es caca, está mal». Que le sonreirá con dulzura y con desprecio.

Nunca se lo han dicho, pero Garazi sabe que sus amigas no la comprenden. Nunca le han preguntado si piensa tener hijos, nunca han verbalizado esa gran presión social. De puertas para afuera, las mamis modernas de la cuadrilla de Garazi defienden que la maternidad es una decisión personal y que hay que respetar a la que no quiere reproducirse tanto como a la que quiere hacerlo. Pero, de puertas para adentro, todas han seguido el mismo patrón o, al menos, un patrón muy similar: primero la boda –con o sin celebración–, después el anuncio de que iban a dejar las anticonceptivas y, finalmente, el embarazo.

Hasta ahora, las únicas sin hijos eran Nagore y ella, pero hace unos meses Nagore también entró en la categoría de madre. Aunque son de la misma cuadrilla, Garazi y Nagore nunca han sido muy cercanas, así que todavía no se ha atrevido a preguntárselo, pero está claro que ha decidido ser madre para dejar de sentirse desplazada. Porque, tal y como vieron en Ciencias Sociales cuando estaban en segundo de la ESO, la maternidad (o la no maternidad) es un estamento. En su cuadrilla, la opinión y el calendario de una madre siempre irán por delante de los de una no-madre. Si están organizando una comida y una madre anuncia que no puede asistir –en lugar de admitir que tampoco es que tenga muchas ganas–, buscarían otra fecha. Si Garazi dijera que no puede y propusiera otro día, la cita se mantendría. Muchas veces se siente fuera de lugar en ese espacio que también debería ser suyo.

Pero la cuestión es que en este preciso momento Garazi se encuentra en el piso de Mattin. En el piso de cuatro

estudiantes navarros. Madre mía, es que Garazi no terminaba en pisos de estudiantes ni cuando iba a la uni y salía los jueves. ¿Qué está haciendo?

Dicen que la generación de Garazi es la generación Erasmus. Pero ella nunca llegó a irse de Erasmus; al parecer, la espinita se le ha quedado clavada. Lleva años notando la herida; ha ido creciendo y ahora le recorre el cuerpo, desde el útero hasta la ínsula. Porque así es la cartografía del arrepentimiento, de las cosas que al final no hacemos: la herida te recorre todo el cuerpo, entre el útero y la ínsula. Así que lleva media vida tratando de reinventar un Erasmus postergado. Por eso ha viajado aquí y allá con el pretexto de participar en todos esos voluntariados. Sabe que admitirlo no es muy humanitario ni muy ético, pero reconoce que las épocas que pasó en Etiopía colaborando con orfanatos se originan también en esa espinita del Erasmus.

Desiderius Erasmus van Rotterdam. Teólogo y humanista. Defendía encarecidamente que la educación era la base del desarrollo. Era un gran aventurero, incapaz de echar raíces; por lo visto, lo impulsaba una imperante necesidad de conocer sitios nuevos. Anoche, recuerda, estuvo hablando de eso con Mattin. Sobre el Erasmus, claro está, no sobre Desiderius Erasmus van Rotterdam. Le contó que su intención era pedir la beca e irse un año a estudiar al extranjero, pero que todavía no tenía claro su destino. Tiene tres opciones en mente. La primera es Grecia: la cuna del pensamiento filosófico. Lo que pasa es que en las universidades hacen huelgas cada dos por tres y, además, ¿sobre qué más se puede reflexionar en un país lleno de filósofos que ya han pensado sobre todo? Su segunda opción es París. La Sorbona. Sartre, Beauvoir, mayo

del 68 y todas esas movidas. Garazi se sorprendió cuando, anoche, el chico le cantó al oído un trozo de la canción de Ismael Serrano: «Que tras tanta barricada y tras tanto puño en alto, al final de la partida no pudimos hacer nada y bajo los adoquines no había arena de playa». Ahora, tumbada en su cama, le sorprende todavía más que Mattin conozca esa canción. Es casi como si fueran de la misma generación. También lo escuchó decir, en un francés bastante digno un *sous les pavés, la plage!* elegante y lleno de entusiasmo (la retórica del chico era, a esas alturas de la noche, bastante mejor que la de Garazi). Pero si la generación anterior había descubierto que bajo los adoquines del quinto *arrondissement* no había playa, Mattin creía que, a estas alturas, él no sería quien encontrara la arena. Su última opción es el MIT. Massachusetts. Estados Unidos. El culpable es Noam Chomsky, que probablemente sea el filósofo más conocido del siglo XXI, por no decir que es el único filósofo del siglo XXI reconocido como tal. Pero para entrar en las universidades estadounidenses te piden un nivel muy alto de inglés y Mattin no sabe si conseguirá sacarse el Proficiency.

A Garazi le parece oír una puerta abrirse o cerrarse. El chirrido, muy leve, ni siquiera suena en esta habitación, y es posible que se lo haya imaginado, pero es suficiente para recordarle que está en una cama en la que no debería estar. ¿Sabrán los compañeros de piso de Mattin que Garazi está en esa cama? Puede verlos a todos en el Atano², viendo un partido

² Frontón situado en el barrio de Amara, en Donostia (*N. de la T.*)

de pelota mientras cuentan cómo su compañero de piso se tiró a una madurita. Puede que Asier esté sentado en la fila de delante. Seguro que entran en detalles. Qué día ocurrió. Su nombre. Alguna característica física. Y al final Asier se dará cuenta de que hablan de Garazi... Pero puede que esté dejando volar demasiado la imaginación...

¿Cómo se eligen los compañeros de piso? ¿Ha tomado Mattin la decisión consciente de vivir con esos tres chavales? ¿O estaba ya dispuesto de antemano y era incuestionable? A lo mejor fueron juntos al instituto, y como los cuatro iban a estudiar en Donostia... Garazi, a su manera, sí que ha elegido a su compañero de piso. Pero ¿y Mattin? ¿Con quién vive? ¿Qué comparten y qué no comparten? ¿Está a gusto en ese piso, con los otros tres? ¿Son amigos? ¿Confían el uno en el otro? ¿O cada uno hace su vida? ¿Los une solo el hecho de compartir los gastos del piso? ¿O hay algo más? ¿Comen juntos? ¿Salen juntos de fiesta? ¿O cada uno hace su compra, tiene su balda en el armario y no sabe dónde está el resto cuando no vuelven a casa para la hora de la cena? ¿Les contará Mattin a sus compañeros de piso que anoche se trajo a una chica a casa? ¿Que se llama Garazi? ¿Que tiene treinta y seis años? Y si lo cuenta, ¿cómo lo hará? ¿Avergonzado? «Me puse super pedo y no sabía ni lo que hacía; me he acostado con una mujer que podría ser mi madre». ¿Con orgullo? «Buah, me he tirado a una tía que tiene casi veinte años más que yo». ¿O lo dirá con total normalidad? «Ayer ligué, nos lo pasamos bien».

¿Pero qué más dará, Garazi? ¿Acaso las respuestas a esas preguntas cambiarán en algo el polvo de anoche? No. Así que

olvidalo. O, bueno, piensa lo que quieras. Lo que mejor te venga, Garazi.

Diecinueve años. Se dice fácil. ¿Pero qué tienen en común ellos dos? Seguro que Mattin no sabe qué ocurrió en Chernóbil. Habrá oído hablar de Fukushima, pero ¿qué le dice el 26 de abril de 1986? Garazi se juega algo a que Mattin no conoce las canciones de Mikel Laboa y Benito Lertxundi³ que marcaron su infancia. Cuando EA se desvinculó de la corriente oficial del PNV, después de su famosa escisión –¿Sabrá Mattin que hubo una escisión dentro del PNV? ¿Sabe quién es Xabier Arzalluz? ¿Y Jon Idigoras? ¿Y Jaime Mayor Oreja?–, la gente escogió entre Arzallus y Garaikoetxea. Pero hubo, en la generación de sus padres, otra fisura social, silenciada: la de los fans de Mikel Laboa y los de Benito Lertxundi. En su familia, su padre era *laboafán* y su madre, *lertxundista*. Donostia versus Orío. Médico versus mecánico. Voz mediocre vs voz bonita. *Txoria txori* vs *Oi Baldorba*.

Garazi creció entre ambos mundos, en una suerte de *(wo)man's land*. Ahora que han pasado años, reconoce que prefiere a Laboa. Acaba de darse cuenta de que tal vez Mattin no lo haya conocido hasta hace poco, hasta que Delorean ha sacado el disco. Seguro que no sabe ni lo que es *Txinaurriak*...

³ Mikel Laboa (1934-2008) y Benito Lertxundi (1942) son dos cantautores vascos que gozaron de gran popularidad en la última parte del siglo XX. Ambos formaron parte de la *Euskal Kantagintza Berria* («la nueva canción vasca») y del movimiento vanguardista cultural *Ez Dok Amairu* («no hay trece»; «no hay maleficio») (*N. de la T.*)